

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: *Casa de las Américas y el discurso sobre el intelectual (1960-1971)*

Autor: Lie, Nadia

Forma sugerida de citar: Lie, N. (1991). Casa de las Américas y el discurso sobre el intelectual (1960-1971). *Cuadernos Americanos*, 5(29), 187-199.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apodo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CASA DE LAS AMÉRICAS Y EL DISCURSO SOBRE EL INTELECTUAL (1960-1971)

Por *Nadia LIE*

BÉLGICA

Y ya aparecerán las historias, y ya aparecerán los problemillas en alguna revista literaria: más que suficiente. Nuestros problemas son otros; nuestros problemas son los problemas del subdesarrollo y cómo salirnos del atraso en que nos dejaron ustedes.

Fidel Castro, "Discurso de clausura del Congreso Nacional de Educación y Cultura", *Casa de las Américas* 65-66 (1971), pp. 26-27.

Introducción

EL CASO ES CONOCIDO: en 1971, el poeta cubano Heberto Padilla es detenido bajo inculpaciones contrarrevolucionarias y puesto en libertad después de una autocrítica ante los representantes del gobierno revolucionario. En esta autocrítica, que repite un poco más tarde ante la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, admite haber inaugurado un espíritu derrotista en la isla cubana y haber difamado la Revolución ante intelectuales extranjeros. Incita a otros

¹ Este artículo forma parte de un proyecto doctoral en curso sobre la revista *Casa de las Américas* (1960-1976) bajo la dirección del profesor doctor C. De Paepe (Katholieke Universiteit Leuven, Bélgica). Fue presentado como contribución a la jornada cubana organizada por el grupo interuniversitario belga de estudios latinoamericanos, Aleph, el 20 de enero de 1990 en Kortrijk (Bélgica).

compañeros cubanos a reconocer públicamente los mismos errores, lo cual provoca una serie de autocríticas en los días que siguen.

En el mismo discurso Padilla se refiere a un grupo de escritores que hubieran ejemplificado una actitud revolucionaria correcta en el campo intelectual: Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes (*Casa* 65-66, p. 195). Todos esos nombres integraban en aquel momento el comité de redacción de una de las revistas más prestigiosas de la revolución: *Casa de las Américas*.² Ahora bien, la política cultural de esta revista en los años sesenta se había caracterizado por un gran dinamismo y una gran apertura frente a una comunidad intelectual internacional. Además, dos de las personas mencionadas, Fernández Retamar y Otero, habían defendido valientemente a Carlos Franqui, cuando éste ya en 1961 tuvo que enfrentarse a acusaciones de la misma índole.³

A primera vista resulta sorprendente la mención de estos nombres en un discurso que tacha de "contrarrevolucionarios" a muchos escritores que habían colaborado con *Casa* en los años sesenta. También extraña la suscripción de la revista *Casa* a las declaraciones del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (*Casa* 65-66, p. 2). Este Congreso, que coincide con el caso Padilla, sentó las bases para una nueva cultura popular donde sólo tendrían cabida "los verdaderos revolucionarios", "sin vacilaciones, ni medias tintas" (*Casa* 65-66, pp. 15-16, 27).⁴

Sin embargo, la lectura atenta de la revista *Casa* deja prever esta evolución en el campo cultural. No sólo se transparenta en cambios en el plano de la redacción y en el institucional, sino también en transformaciones en el nivel discursivo mismo. Más aún, la relativa facilidad con la que se implanta la nueva política cultural no se explica sólo por medidas coercitivas de índole político-militar, sino también por la posibilidad de integrarse en una estructura dis-

² Para una presentación de la institución Casa de las Américas hasta 1989, véase François Perus, "Casa de las Américas (1959-1989)", en *Artes, educación/investigación/crítica*, núm. 13, (1989), pp. 12-16. Un estudio más elaborado se encuentra en J. Weiss, *Casa de las Américas, An intellectual Review in the Cuban Revolution*, Chapel Hill, 1977.

³ Véase Carlos Franqui, *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix-Barral, 1961, pp. 261-273.

⁴ Las referencias a la revista *Casa* sólo son ejemplares, no exhaustivas. Por razones prácticas nos limitamos en este artículo a mencionar los números de la revista en cuestión y la(s) página(s) donde se encuentra la cita.

curativa existente, en un modo determinado de hablar de la cultura y del intelectual en particular. Cómo se formó esta estructura discursiva, cuándo apareció, qué mutaciones sufrió y bajo qué presiones es lo que quisiera examinar por el periodo de 11 años que precede al caso Padilla en la revista *Casa*. Sólo así comprenderemos cómo el poder de un discurso (aquél sobre el intelectual) pudo vincularse al discurso del poder (el del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura).

De los múltiples discursos que se alojan en nuestra *Casa*, he escogido uno solo: el que se teje alrededor del intelectual. La elección de este tema está motivada por tres razones: primero, la auto-crítica de Padilla y la declaración del Congreso Nacional de Educación y Cultura refieren explícitamente al papel del intelectual; segundo, la revista *Casa* ha dedicado amplia atención a esta problemática a partir de 1965, y tercero, el primer texto oficial sobre el arte en Cuba lleva el título *Palabras a los intelectuales*.⁵

1. *Palabras a los intelectuales*

ESTE texto oficial se fecha en 1961 y fue pronunciado por el propio Fidel Castro. Si bien otorga una completa libertad estética a los artistas, sólo admite la "libertad de contenido" en cuanto no amenace a la Revolución.⁶ Sintetiza esta política cultural en una frase que se haría famosa en los años venideros: "Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada".⁷

Dentro del contexto en el cual fue pronunciada, esta frase parecía inaugurar un clima de permisividad artística ilimitada.⁸ Sin embargo, su contenido resultó demasiado vago como para impedir el desarrollo de una tendencia dogmática que asediaría el campo

⁵ Reproducido en Adolfo Sánchez-Vázquez, ed., *Estética y marxismo II* (México, Era, 1984 (1a. ed., 1970), pp. 403-410.

⁶ *Ibid.*, p. 403.

⁷ *Ibid.*, p. 406.

⁸ Nos referimos sobre todo a la batalla en *Bahía de Cochinos*, que puede haber otorgado un significado concreto al sintagma "contra la Revolución". Al mismo tiempo, la garantía de una libertad formal en el campo cultural tal vez se confundiera con una condena total de la política cultural stalinista, la que estuvo muy vinculada a la imposición del realismo socialista. El contexto inmediato es aquí, claro está, la denuncia de Stalin por Chroestjev en 1956.

cultural en la primera mitad de los años sesenta. Sobre esta tendencia, que se bautizó como "sectarismo", volveremos un poco más tarde. Por ahora basta con señalar el carácter ambiguo, semánticamente elástico, de las *Palabras a los intelectuales*.

La importancia de esta alocución no reside, pues, tanto en su contenido como en el efecto estructurador que ejerce sobre el discurso cultural. Dividiéndolo en dos campos (uno dentro de la revolución y otro fuera de ella) inscribe en el seno de este discurso la potencialidad formal de situar otros discursos y de rechazarlos. Corresponde por ende a un procedimiento de exclusión que puede volverse operativo en cualquier momento de riesgo.

2. *Palabras sobre los intelectuales*

PASEMOS ahora de las *Palabras a los intelectuales* a las "Palabras sobre los intelectuales", tales como se hallan en las páginas de *Casa*.

Muy esquemáticamente podemos distinguir tres fases en el tratamiento de este tema. La primera fase arranca en 1960, año de la fundación de la revista, y termina más o menos en 1965 cuando Roberto Fernández Retamar sustituye a A. Arrufat en su función de jefe de redacción.⁹ El fin de la segunda fase coincide con el Congreso Cultural de La Habana que se celebra en el mes de enero de 1968. La tercera, por fin, conduce directamente al caso Padilla y al Congreso Nacional de Educación y Cultura, ambos fechados en el año 1971.

2.1 1960-1965: Una polémica "en sordina"

En lo tocante a la primera fase puedo ser breve. La atención hacia el intelectual se halla eclipsada por una preocupación mayormente estética. Los escasos artículos sobre la problemática llevan firmas extranjeras (Paul Baran en *Casa* 7, pp. 14-21; Juan Goytisolo en *Casa* 26, pp. 148-152 y Alain Robbe-Grillet en *Casa* 26, pp. 152-154) y están tomados de otras revistas. Se trata, pues, de una reflexión de segunda mano, que además no da prueba de un interés específico por las áreas latinoamericana o cubana.

Cuando ocasionalmente los cubanos sí se pronuncian sobre su función en la Revolución, salta a la vista la vaguedad de sus res-

Para más datos sobre este reemplazo véase J. Weiss, *op. cit.*, pp. 49-50

puestas.¹⁰ El carácter poco articulado de su pensamiento acerca del intelectual puede quizás relacionarse con cierta concepción "esencialista" del arte. Por "esencialista" entiendo que la definición del arte no se halla afectada por mutaciones históricas o contextos espaciales. Así, Lisandro Otero afirma que la función del escritor dentro de la revolución es la misma que la de antes (*Casa* 22-23, p. 146) —sin por lo tanto aclarar en qué consiste— y Roberto Fernández Retamar subraya que todo arte es social y didáctico (*Casa* 22-23, p. 138). Esta índole "ahistórica" del discurso cultural es tal vez una de las trabas "internas" a una discusión orientada hacia el intelectual y la sociedad.

La otra, "externa", es el desarrollo del sectarismo que ya mencionamos anteriormente. Según Roberto Fernández Retamar esta tendencia postulaba un arte más o menos emparentado con el realismo socialista y combatía desde sectores oficiales, aunque sin apoyo explícito de Castro, las manifestaciones vanguardistas, tan apreciadas por gran parte de los artistas cubanos (*Casa* 35, pp. 88-89). Sólo cuando el propio Che Guevara rechazó abiertamente la doctrina del realismo socialista en un texto de 1965, la preocupación estética pudo ampliarse a otros terrenos. La publicación de este documento, *El socialismo y el hombre en Cuba*,¹¹ coincide globalmente con el cambio en la redacción y nos lleva a la segunda fase de la revista.

2.2 1965-1968: La polifonía

2.2.1 Presiones discursivas

El mismo texto que da el tiro de gracia (provisorio) al realismo socialista arroja una luz sospechosa sobre el artista como intelectual. El Che se muestra decepcionado por los intelectuales que no logran convertirse en verdaderos revolucionarios sino que siguen marcados por su "pecado original".¹² Este pecado refiere a la formación

¹⁰ Véase por ejemplo las respuestas de varios escritores cubanos a la pregunta "¿Cuál es la función del escritor en la Revolución?", *Casa* 22-23, pp. 139-156.

¹¹ Véase Ernesto Che Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", en *Obras escogidas*, I, 2a. ed., Madrid, Fundamentos, 1977 (1a. ed., 1976), pp. 367-384; la crítica del realismo socialista se encuentra en la p. 279.

¹² *Ibid.*, p. 380.

burguesa de los escritores y quizás también a su poca participación en la lucha revolucionaria antes de 1959.¹³ La persistencia de una mentalidad burguesa hace menos evidente la integración y la ubicación de los intelectuales en una nueva sociedad que se forjará en base a "hombres nuevos", es decir libres de los resabios del capitalismo.¹⁴ Detrás del afán del intelectual para definir su papel en la nueva sociedad se esconde otro: el de sobrevivir.

Esta inquietud se combina con la de la intelectualidad mundial, que se politiza bajo la influencia de la guerra de Vietnam. Los bombardeos a Vietnam, que empiezan en 1965, y la invasión de Santo Domingo, en el mismo año, marcan la vuelta a la política norteamericana del "gran garrote" (*Casa* 31, pp. 2-3) y alarman a los dirigentes cubanos que ya se ven segundos en la lista de las invasiones yanquis.¹⁵ Lejos de esperar su turno, predicen en voz alta su fe en la lucha armada a nivel tricontinental, lo cual implica una línea "herética"¹⁶ con respecto a la Unión Soviética, que en un mundo en llamas persiste en su política de coexistencia pacífica.¹⁷ Junto con el carácter humanista del socialismo cubano que se trasparenta por ejemplo en el énfasis en los estímulos morales,¹⁸ esta herejía ayuda a perfilar favorablemente una línea castrista-guevarista en el comunismo, bastante a tono con el redescubrimiento del joven Marx de cierto marxismo francés.¹⁹

En este clima sumamente antiimperialista y contestatario, alimentado además por una creciente sensibilidad tercermundista desde publicaciones como *Les damnés de la terre*,²⁰ el castrismo no ha-

¹³ Véase Lisandro Otero, *Disidencias y coincidencias en Cuba*, La Habana, Editorial José Martí, 1984, p. 52. Otero mismo fue uno de los pocos escritores que sí se sumaron a la lucha revolucionaria.

¹⁴ Ernesto Che Guevara, *op. cit.*, p. 380.

¹⁵ Véase K. S. Karol, *Cuba sinds de revolutie. Tien jaar politieke en economische ontwikkeling*, Amsterdam, Van Gennep, 1973 (1a. ed., 1970), p. 208.

¹⁶ Término de K. S. Karol, *op. cit.*, pp. 207-312.

¹⁷ Véase P. Shearman, *The Soviet Union and Cuba*, London/New York, Routledge & Kegan Paul, 1987, p. 16.

¹⁸ Véase M. Lowry, *The Marxism of Che Guevara. Philosophy, economics and revolutionary warfare*, New York/London, Monthly Review Press, 1973 (1a. ed., 1970) pp. 25-29.

¹⁹ Véase P. Anderson, *Over het Westers marxisme*, Amsterdam, Van Gennep, 1977 (1a. ed., 1976), pp. 58-59.

²⁰ Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, La Découverte, 1987 (1a. ed., 1961).

lla dificultades en reclutar simpatizantes entre intelectuales, estudiantes y gente de color que entablan una conversación a escala internacional sobre su papel en un mundo desgarrado entre miseria y revolución. "Face à un enfant qui meurt, la Nausée ne fait pas le poids" (Sartre).

2.2.2 Configuración discursiva

Tal como se vierte en las páginas de *Casa*, el discurso resultante se caracteriza por cuatro fenómenos:

El primero es la coexistencia, no siempre pacífica, de "varias concepciones del intelectual". Se destacan sobre todo dos: la del intelectual como *conciencia crítica* de la sociedad, y la del intelectual como *organizador* de esa sociedad. La primera concepción presupone el derecho de ponerse *fuera* de la sociedad para detectar y denunciar sus fallas. El intelectual (o escritor) es el eterno rebelde (*Casa* 41, p. 148), el eterno estorbo de las clases dirigentes, y se halla en un proceso de eterna apostasía (*Casa* 45, p. 26). La segunda, calificada de "nueva" (*Casa* 45, p. 40), enfoca al intelectual, por el contrario, como hombre que se inserta *dentro* de la sociedad para organizarla o defenderla con su inteligencia. Así, dentro de esta concepción caben también hombres políticos, por lo menos en una sociedad revolucionaria.

Si bien esta segunda concepción se va a legitimar teóricamente mediante la filosofía de Gramsci y su concepto del intelectual *funcional* (*Casa* 56, p. 17), se trasparenta ya de antemano en las múltiples referencias a Fidel Castro y al Che Guevara como encarnaciones del intelectual ideal (*Casa* 35, pp. 84-85). Otro modelo, más cercano a los intelectuales europeos y norteamericanos, es Régis Debray. En su libro *¿Revolución en la revolución?*,²¹ este joven filósofo francés brinda su apoyo teórico a la concepción castrista de la lucha armada que se llama "foquismo". Modelos del primer tipo son, entre otros, Sartre y Bertrand Russell, que utilizan todo su prestigio para atacar el gobierno norteamericano por sus crímenes de guerra.

La combinación de esas dos concepciones engendra una especie de híbrido: es intelectual quien se caracteriza por su *adhesión crítica* (*Casa* 35, pp. 84-85) a la sociedad.

²¹ Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, La Habana, Casa de las Américas, 1967 (*Cuadernos Casa*, 1).

La segunda característica de este discurso es la aparición de una serie de "coordenadas" que van estructurando el discurso amorfo del periodo anterior. Así surgen ejes de oposición de índole variada: espaciales (América Latina *vs.* Estados Unidos, América Latina *vs.* Cuba, Tercer Mundo *vs.* Primer Mundo); temporales (hombre nuevo *vs.* hombre viejo, mundo nuevo *vs.* viejo continente, nueva novela latinoamericana *vs.* vieja novela latinoamericana) y socio-políticas (capitalismo *vs.* socialismo, socialismo *vs.* izquierdismo, castrismo *vs.* marxismo). Cabe observar que esta estructura se refuerza por la coincidencia de las diferentes coordenadas; así, el Tercer Mundo es también el Mundo Nuevo que anuncia el triunfo final del socialismo sobre el capitalismo.

En tercer lugar, la fuerte politización de la esfera artística, acrecentada además por el descubrimiento de una serie de infiltraciones de la CIA en el campo cultural (*Casa* 41, p. 2),²² entraña una contaminación discursiva entre política y estética. Ésta se evidencia, por ejemplo, en expresiones como "declaramos un *estado de alerta* en el campo de la cultura" (*Casa* 39, p. 139), "llamamos a un *frente común* para *combatir* la penetración imperialista" (*Casa* 41, p. 2), "Hay que crear un *Vietnam* en la cultura cuyos *focos* son encarnados por Fidel y el Che" (*Casa* 47, p. 3). El correlato de la CIA se encuentra en la idea de que existen espías culturales, o sea "enemigos enmascarados" (*Casa* 38, p. 136).

Simultáneamente advertimos una estetización del discurso político: la Revolución se compara con una obra de arte (*Casa* 48, p. 150),²³ la única escuela literaria es la Revolución (*Casa* 45, p. 169) y el Che es proclamado artista por Fidel Castro en la velada de su muerte (*Casa* 46, p. 2). Que no sólo Fidel le otorga este rango lo demuestran las encuestas literarias de 1969, donde la obra literaria juzgada más importante en la literatura cubana de 1959 hasta 1969 es la del Che (*Casa* 51-52, pp. 180-203).

Si bien el Che ejerce un encanto enorme sobre los artistas, éstos encuentran difícil seguir su ejemplo. De hecho, esto significaría cambiar la pluma por el fusil y unirse a él para crear "dos, tres,

²² Véase también P. Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, New York, The Free Press/ MacMillan, 1989.

²³ Véase también L. Lockwood, *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, 1967 (tercera parte, entrevista con Fidel Castro).

muchos Vietnams".²⁴ Una mala conciencia impregna, pues, los artículos sobre el intelectual que se publican en estos años.²⁵ Esta "tonalización", que sería la cuarta característica, se percibe por ejemplo en la vehemencia con que Otero afirma que ya no son escritores burgueses sino socialistas (*Casa* 36-37, p. 208), en la defensa frenética del autoexilio por algunos escritores procubanos como Cortázar (*Casa* 45, pp. 5-12), en los temas de las encuestas que tratan del intelectual (*Casa* 35, pp. 84-85). . . También explica la alegría con la que los intelectuales saludan el elogio que Fidel les dirige al clausurar el Congreso Cultural de La Habana (*Casa* 47, p. 3).

2.2.3 El molde discursivo

Las presiones discursivas también atañen a la estructura de la revista misma. Aparecen nuevas rúbricas como *Hechos/Ideas* o *Documentos* y surgen nuevos géneros periodísticos como las declaraciones, los llamamientos y las cartas. Estas modificaciones en el nivel de la "infraestructura discursiva" no sólo se explican por la necesidad de albergar o denominar otro tipo de artículos sino que simultáneamente aseguran su reproducción. En otros términos, el recipiente discursivo se vuelve productor.

También cabe señalar la aparición sistemática de la editorial. Aunque la revista no imponga todavía una concepción determinada del intelectual, no hace sino concretarla en esos editoriales que explicitan su postura frente a un sinnúmero de acontecimientos. De esta manera, la revista funciona como una especie de intelectual colectivo, que pretende ser la conciencia crítica en su propio campo.²⁶ Así vemos que la revista se halla implicada en su propio discurso sobre el intelectual como en una enorme *mise en abyme* periodística.

²⁴ Véase por ejemplo la anécdota sobre la vocación médica del Che que se encuentra en *Casa* 35, p. 85.

²⁵ Véase también K. Vanden Berghe. *En todas las novelas de la Revolución, la Cuba Cuba se hace con . . . Receta revolucionaria para una novelística cubana (1959-1971)*, México, UNAM, trabajo personal para el prof. A. Pereira, 1988, p. 7.

²⁶ Nos referimos sobre todo a la polémica en torno a la revista *Mundo Nuevo*. Para más datos, véase L. Rodríguez-Carranza, *Emir Rodríguez Monegal o la construcción de un mundo (nuevo) posible*, Leuven 1988 (en prensa). J. Weiss, *op. cit.*, pp. 59-63; P. Coleman, *op. cit.*, *passim*.

2.3. 1968-1971: El unísono²⁷

2.3.1. Presiones discursivas

Con la muerte del Che en octubre de 1967 y la de tantos otros líderes guerrilleros empieza a palidecer la perspectiva de una revolución a escala mundial.²⁸ Simultáneamente, la economía cubana atraviesa un periodo de crisis. Para dar un gran salto económico hacia adelante, Castro moviliza toda la sociedad para cosechar diez millones de toneladas de azúcar en 1970. El fracaso de esta zafra es un golpe tremendo al prestigio del gobierno revolucionario.²⁹ En el mismo periodo Cuba reanuda poco a poco contactos con la Unión Soviética, lo cual se manifiesta ya cuando Fidel aprueba la invasión en Checoslovaquia.³⁰ Esta aprobación alimenta ciertos rumores sobre el surgimiento de un minitralinismo en la isla. "Algunos intelectuales procastristas empiezan a dudar de Cuba y no lo esconden."³¹

En cuanto a los países extranjeros, la de-escalada de la guerra de Vietnam bajo el gobierno de Nixon,³² el fracaso de mayo del

²⁷ Según K. Vanden Berghe, la fase del unísono ya empieza antes de 1968. En una intervención suya durante la jornada de Aleph ha motivado esta periodización refiriéndose a la ruptura de Cabrera Infante con el gobierno cubano (1965), el cambio en la redacción de la revista *Casa* (1965), las fricciones en torno al premio Gallegos de 1967 y la postura radical de la delegación cubana durante el II Congreso Latinoamericano de Escritores (1967). La polifonía discursiva que sin embargo registramos en nuestro *corpus* tendrá que interpretarse con respecto a estos hechos. Así queda por investigar si la polifonía no corresponde a una estrategia (en el sentido de Bourdieu) discursiva para "détourner le regard de certaines choses" (*Angenot*).

²⁸ Véase por ejemplo G. Chaliand, *op. cit.*, p. 48 y G. Elliot, *Althusser. The Detour of Theory*, New York, Verso, 1987, p. 261.

²⁹ Véase J. Griffiths & P. Griffiths Eds., *Cuba: the second decade*, London, Writers and Readers Publishing Cooperative Society 1982 (1a. ed. 1979), p. 59 y P. Shearman, *op. cit.*, p. 27.

³⁰ Véase P. Shearman, *op. cit.*, pp. 22-23.

³¹ Véase por ejemplo "La respuesta de Cabrera Infante" en *Primera Plana*, núm. 292 (1968), p. 152. Empieza en estos años la controversia en torno a Heberto Padilla por su polémica con Lisandro Otero y por su libro premiado *Fuera de Juego*. Estos sucesos no son mencionados por la revista *Casa*.

³² Nos referimos p. ej. a las publicaciones de K. S. Karol, *Les guérilleros au pouvoir. L'itinéraire politique de la révolution cubaine*, París, Laffont, 1970 y de R. Dumont, *Cuba est-il socialiste?*, París, Le Seuil, 1970.

³³ Véase R. Kroes, *New Left. Nieuw Links. New Left*, Alphen a/d Rijn/Brussel, Samson, 1975, p. 48.

68 y los sucesos sangrientos en la Plaza de Tlatelolco en el mismo año modifican, poco a poco, el clima contestatario-izquierdista de los años anteriores.³⁴

En esta coyuntura, el gobierno se vuelve particularmente susceptible a las críticas emitidas por cualquier miembro de la *intelligentsia* mundial que torne su "conciencia crítica" ya no solamente contra los Estados Unidos, sino también contra la dirección cubana. Así, la palabra "enemigo" ya no es necesariamente sinónimo de Estados Unidos y la conciencia crítica se vuelve una noción peligrosa.

Cabe, pues, introducir la univocidad en el discurso sobre el intelectual para evitar que este discurso amenace la revolución misma. Esto se manifiesta claramente en una conversación entre escritores que tiene lugar en marzo de 1969 y es publicada como artículo en la revista *Casa* y editada poco después en forma de libro bajo el título *El intelectual y la sociedad*.³⁵ Con excepción de Carlos María Gutiérrez, todos los participantes³⁶ integran el Comité de Redacción de la revista *Casa*, que ya no publica otros artículos extensos sobre la problemática después de éste.

2.3.2. Transformaciones discursivas

Bajo las presiones mencionadas, el discurso sufre un proceso de "normalización". Desaparece la coexistencia entre los diferentes conceptos del intelectual. El intelectual será revolucionario o no será y la característica fundamental del revolucionario es su apoyo incondicional a la Revolución (*Casa* 56, p. 43). Esto implica la imposición de la definición gramsciana (*Casa* 56, pp. 17; 20), que subraya la necesidad para el intelectual de insertarse en la sociedad. Otro aspecto de la definición gramsciana era el de la ampliación hacia otros sectores. Como el político también es un intelectual, puede encargarse de la función crítica. En otras palabras, el discurso crítico se delega en los hombres del poder (*Casa* 56, p. 20).

Si esto se hace posible gracias a la definición gramsciana, también se favorece con la "contaminación discursiva" que encontra-

³⁴ *Ibid.*, p. 40 y G. Elliot, *op. cit.*, p. 281.

³⁵ Roque Dalton y otros, *El intelectual y la sociedad*, 5a. ed., México, Siglo XXI, 1988 (1a. ed., 1969) y *Casa* 56, pp. 7-52.

³⁶ Se trata de R. Dalton, R. Depestre, E. Desnoes, R. Fernández Retamar, A. Forner y C. M. Gutiérrez.

mos anteriormente entre política y estética. Además, esta contaminación prepara una nueva delegación: la de la conciencia crítica en el pueblo (*Casa* 65-66, p. 19). Así como la reforma agraria devolvió las propiedades privadas a los campesinos, la política cultural establecida en 1971 insiste en devolver la última propiedad privada al pueblo: el intelecto. Todo el pueblo será intelectual. Al hallarse en todas partes y en ninguna, la "conciencia crítica" se convierte en un insignificante vacío.

A partir de este momento, la tarea del intelectual en el sentido "tradicional" es la de un funcionario: colaborar y ejecutar (*Casa* 56, p. 36). Si ejerce su crítica, lo hará dentro de la revolución, es decir, a través de los aparatos de la revolución (*Casa* 56, p. 30). Además, como la crítica supone la participación, el crítico se vuelve co-responsable de los defectos que denuncia. Por eso su crítica será forzosamente una autocrítica (*Casa* 56, p. 31).

En cuanto a las "coordinadas discursivas", éstas ayudan a relegar los discursos *non gratos* a zonas periféricas del mapa discursivo. La crítica "negativa" es identificada con la crítica de los intelectuales extranjeros. Como ellos viven "a mil millas de distancia de los problemas de Cuba" (*Casa* 56, p. 31), en otro tipo de sociedad, sus críticas carecen de sentido y se vuelven incluso presuntuosas (*ibid.*). También estos intelectuales izquierdistas, antes considerados amigos, serán tachados de "enemigos enmascarados". La marginación discursiva que sufren sus críticas en 1969 se traduce en medidas políticas concretas durante el Congreso Nacional de Educación y Cultura, cuando Fidel Castro decide cerrar las fronteras para este grupo de intelectuales "por tiempo indefinido e infinito" (*Casa* 65-66, p. 28).

En la isla misma, los escritores ya no tratan de mostrarse libres del pecado original sino que condescienden en su carácter profundamente burgués (*Casa* 56, pp. 8-10). Esto atañe a su visión de los años precedentes. Como no eran verdaderos revolucionarios, no eran verdaderos intelectuales sino sólo de nombre (*Casa* 56, p. 20). Las críticas emitidas por estos intelectuales *nominales* eran ilegítimas, lo cual justifica a su vez la delegación de la conciencia crítica en los políticos.

Este proceso se acompaña de una nueva "tonalización" en la voz del intelectual: como se apoderó de derechos que no le corres-

³ Se trata entre otros de K. S. Karol, R. Dumont y H. Magnus Enzensberger (véase *Casa* 65-66, p. 196).

pondrían bajo el título de intelectual, es hora de un tono más humilde (*Casa* 56, p. 37). Esto se percibirá en el género más adecuado para servirle de vehículo: la autocrítica.

Así hemos vuelto a nuestro punto de partida. Sin embargo, este punto de partida no es un punto final. Cabe ver si la configuración discursiva forjada en los años sesenta se mantiene o más bien se transforma bajo nuevas presiones después de 1971. A la luz de las evoluciones recientes en la Europa del Este, tal estudio es por supuesto de sumo interés. El presente artículo ha tratado de sugerir algunos hitos de orientación para continuar el trabajo en esta dirección.